

DIOS NOS CREA EN FAMILIA Y EN ENTORNO

En los últimos dos mil años se han presentado más cambios en las condiciones para el desarrollo de las personas que en toda la historia anterior, particularmente en los últimos 2000 años.

Es que la fe cristiana le dio al hombre europeo una energía como nunca antes había experimentado, que le permitió desarrollar la ciencia y modificar el medio ambiente en su provecho.

Sin embargo, con este advenimiento de nuevas técnicas se ha presentado un divorcio del hombre con la naturaleza en que había sido creado, caracterizado por mayores aspiraciones artificiales de consumo que lo que la razón aconseja.

Se nos dijo que domináramos y dirigiéramos las fuerzas de la naturaleza, pero en ningún momento se nos habló de destruirla.

Es el mismo pecado de Adán ubicado en nuestra actual civilización; concebir un conocimiento y transformación del mundo aparte de Dios.

Nos hemos alejado de la visión del mundo trascendente, empantanados en presiones o urgencias materiales inmediatas, con lo que la espiritualidad ha quedado relegada. Asistimos a un deterioro del mundo y en consecuencia los valores de siempre, porque hombre y naturaleza forman parte de un todo. Los valores en que se fundamenta el desarrollo humano se aprecian en el vestir de los lirios del campo que brinda alimentación de sus aves. Esto debe movernos e inspirarnos.

Atentamos contra nuestro entorno con la misma falta de respeto que hacia el prójimo porque nos creemos “centro” y no nos preocupa que haya alguien que sufra, que esté molesto o entregar un medio cada vez más degradado a nuestros hijos y nietos. Se vive el momento y no preocupa lo trascendente. Se nos ha olvidado la alabanza a Dios de lo que recibimos abundantemente en gratuidad. Nos contentamos con maquillar nuestra fachada exterior adornando nuestra presencia con muchos artículos de consumo mientras que por dentro estamos sintiendo un enorme vacío que ni el alcohol, ni otros medios de evasión de la realidad son capaces de rellenar.

El espacio que habitamos es, generalmente, como un espejo de nosotros mismos, refleja nuestra armonía o no, buen o mal gusto, bondad y entrega o egoísmo.

La carencia de una espiritualidad auténtica, impide a muchos hogares construir de forma auténtica y gozosa un ambiente favorable a la vida, se vive en individualismo, soledad, en soberbia y no en el encuentro de dos personas en comunidad de vida con la naturaleza. Contaminamos este medio en que vivimos no sólo arrojando basura de lo que consumimos, sino hasta con ruidos inadecuados y nuestro comportamiento violento, insensible o despreocupado.

Esto tiene que variar. Esto debe estar en nuestras motivaciones más profundas como familias cristianas. Para mejorar esto no hay otro método que no sea la elevación de la espiritualidad por y desde la familia. Dios nos crea en familia y en un entorno que nos hace dignos hijos de Él. Utilizando como vía para desarrollar y profundizar nuestra espiritualidad al cuidado de la naturaleza, con amor, responsabilidad, equilibrio, comprensión, perdón y tolerancia, es que entre todos podremos construir el nuevo Reino.

Creer en este sentido es darnos cuenta de que la relación Dios - Hombre - Naturaleza funciona como un todo, de la misma forma que logró adelantarnos San Francisco y vemos reflejada en su “Cántico a las Criaturas”. Este nivel de conciencia crece desde la experiencia del niño.

Un camino para descubrir en familia este pilar de los valores humanos es apreciar en los seres vivos, la naturaleza y en nuestra propia corporalidad el amor de Dios Padre. Llevémosla cuando nos falte, a nuestras casas; puede ser mantener plantas vivas y mascotas que nos permitan la experiencia de amor.

Existen algunos criterios contrarios a esto. Algunas personas ven sólo en las plantas un motivo decorativo y las prefieren plásticas, duraderas y fáciles de lavar. Otros justifican esta preferencia porque no tienen suficiente espacio o falta de luz para ellas.

En realidad, el poco espacio no es una limitante seria para tener una pequeña colección de plantas que requieran de menos luz o soporten la demasiada.

Algo parecido sucede con las mascotas, que se prefieren de peluche o plástico, alegando problemas con parásitos o enfermedades. Esta preocupación tampoco se justifica porque existe la posibilidad de la atención veterinaria y cumplir con las reglas elementales de higiene en convivencia, que usamos para las personas con las que estamos.

El cuidado de plantas y animales desarrolla hábitos de responsabilidad y disciplina, y proporciona una satisfacción sana que nos invita a alabar a Dios. Nos embellece por dentro el espíritu y favorece vivir plenamente; nos prepara para nuestra relación trascendente.

Somos parte de la Creación e hijos de Dios, hemos sido creados a su imagen. Él la hizo para tener con quien entablar amistad y no para destruir; para que la mejoráramos y viviéramos en equilibrio con ella, en son de alabanza a su grandeza.

Este es un mandato que tenemos que inculcar a nuestros hijos para que crezcan, además de en lo físico, en los valores del espíritu. Él nos la dio para que volviéramos a entregarla y comunicarnos, para reconocerse en nosotros y amar a través nuestro. No lo defraudemos.

Hermanos, en nuestro entorno de pérdida de valores, cada vez más degradado, artificial y alejado del paraíso que estamos llamados a construir desde esta tierra, enseñar a nuestros hijos a amar la naturaleza es una vía fundamental para desarrollar y profundizar en su espiritualidad.

Que el Señor les bendiga y les muestre su rostro a través de su creación.

***Colaboración de Jorge Padrón y María E. Morales
Parroquia Santa Clara, Lawton***